

¿Cómo educamos personalidades libres?

No es fácil hablar de libertad y menos aún dar soluciones para ser más libres. Dios nos ha creado libres y, sin embargo, muchas veces vivimos sujetos a la esclavitud. Nos atamos, dependemos, nos dejamos llevar por la masa, somos incapaces de decidir libremente, nos apegamos desordenadamente y no logramos vivir el ideal de libertad al que Dios nos llama. Pero lo cierto es que somos libres para decirle sí a Dios con nuestra vida. Libres para disponer de nuestro corazón, de nuestro amor, de nuestro tiempo, de nuestras prioridades. Libres para comprometernos o rechazar el compromiso. Libres para entregar la vida o guardarla con temor. Libres para darnos por entero o guardarnos. Libres para crecer o para permanecer estancados sin avanzar un paso. Decía el P. Kentenich: «*Nos enfrentamos realmente a una época que sólo produce esclavos. El hombre actual sólo quisiera tener suficiente para comer y beber. Si lo obtiene, está dispuesto a dar a cambio su derecho de primogenitura, su libertad soberana. Por eso necesitamos hombres que interpreten y utilicen rectamente este formidable regalo de la libertad. Debemos ser hombres de una visión amplia y profunda, hombres audaces. Pero también hombres seguros de la victoria. Porque el hombre providencialista se mueve en la realidad sobrenatural y desposa su debilidad e impotencia personal con la omnipotencia divina*»¹. Es esa libertad soberana con mayúsculas la que perdemos fácilmente y la que anhelamos en lo profundo del corazón. Nos atamos casi sin darnos cuenta. Vivimos con cadenas a veces muy sutiles, finos hilos que nos encadenan a la tierra, a nuestros egoísmo, a lo que nos limita y nos hace más frágiles, más del mundo y menos de Dios. Pero siempre de nuevo nos volvemos a hacer la misma pregunta:

¿Cómo lograr una verdadera libertad para enfrentar la vida con sus desafíos y dificultades? ¿Cómo nos educamos y educamos a otros, a nuestros hijos, en la conquista de la libertad auténtica?

El P. Kentenich quiso desde el comienzo, cuando asumió como director espiritual en el seminario de los Palotinos en Vallendar, educar a los jóvenes seminaristas en la libertad. Decía: «*Tenemos que ser personalidades libres. Dios no quiere esclavos de galera, quiere remeros libres. Poco importa que otros se arrastren ante sus superiores, les laman sus zapatos y agradecen si se les pisotea. Nosotros tenemos conciencia de nuestra dignidad y de nuestros derechos. Sometemos nuestra voluntad ante los superiores no por temor o coacción, sino porque libremente lo queremos, porque cada acto racional de sumisión nos hace interiormente libres e independientes*»². Saber lo que queremos y elegirlo libremente, aceptar la realidad con libertad, tal y como es, sin pretender esconderla y decirle sí siempre a Dios en todo lo que nos propone. Es el camino de la verdadera libertad. No es un camino sencillo, pero sí es un camino para toda la vida.

I. Una reflexión previa: «Vínculos obligatorios, sólo los necesarios, libertad, toda la que sea posible y un máximo cultivo del espíritu»

Éstas son las normas básicas para iniciar ese camino de conversión que Dios nos propone en búsqueda de la verdadera libertad. Es el camino del ascenso hacia Dios, o mejor dicho, del descenso de Dios a nuestro encuentro. Se trata de un Dios personal, un Dios que vive, no un Dios muerto, real, no una vaga idea de Dios. Dios ha de ser

¹ J. Kentenich, “Dios presente”, 114

² Acta de prefundación: 27 de octubre de 1912

una realidad en nuestra vida, un Dios personal con el cual mantengo un diálogo, una intimidad. Él toma la iniciativa y sale a mi encuentro y yo me vuelvo hacia Él e inicio una amistad a su lado, junto a Él. Participo entonces en la visión del mundo que tiene Dios. No se reduce mi vida a mirarlo todo desde mí, desde mis intereses, desde mi pequeñez, sino que me elevo y comienzo a verlo todo desde su mirada, desde su altura y la vida tiene entonces otra dimensión. Cambiar la forma de mirar, aprender a mirarlo todo con los ojos de un Dios que nos ama sin medida, es el anhelo de nuestro corazón. Cuando se mira así, desaparecen los egoísmos y partidismos de nuestro corazón. Dejamos de reducirlo todo a nuestros intereses particulares y adquirimos esa mirada de Dios que es reflejo de un corazón que acoge sin preguntas. Para que Dios nos regale esa conversión del corazón hay que iniciar un camino de abandono en sus manos de Padre. Tres reglas de oro para recorrer ese camino de crecimiento son éstas:

- **Vínculos obligatorios, sólo los necesarios³**

El P. Kentenich siempre decía que la libertad es lo primero y la vinculación, como norma, algo secundario. «*Esto no quiere decir que el hombre, tal y como ha llegado a ser en virtud de la escisión y la ruptura interiores, pueda existir sin vínculos*»⁴. Ya lo sabemos, el hombre nuevo es el hombre por excelencia vinculado. Hay vínculos hacia abajo y hacia arriba. Cuantos menos vínculos hacia abajo tenga más fuerte deben ser mis vínculos hacia arriba. Él comparaba nuestra vida con los puentes colgantes. Cuanto más arraigado esté en lo alto, menos necesitaré estar atado hacia abajo. No obstante, son necesarios los vínculos, las formas, la disciplina como cauce para el agua del río. No puedo quitarlo todo y dejarlo todo a la plena espontaneidad. Eso sí, los vínculos sólo los necesarios. El número y la importancia los determinará la propia vida.

Los vínculos obligatorios son esas formas que expresan, mantienen y encauzan la vida que hay en nuestro interior. Formas sin vida son las que nos hacen en ocasiones renegar de ciertos ritos. Las formas obedecen a una vida y le sirven de cauce. Lo que es el cauce para el río son esas formas para la vida. Por eso es importante que sean pocas y no demasiadas, para no sentirnos atados y sin libertad. Por inseguridad podemos caer en la tentación de poner normas para todo. Es el riesgo de la libertad que nos da miedo y desconcierta. El miedo a elegir el camino equivocado, a hacer lo que no debemos, confundirnos y errar el camino. A veces los padres con los hijos adolescentes optan por llenarles la vida de normas tratando de asegurar su crecimiento. Creen que sólo así van a poder encauzar sus vidas desordenadas. Frente al desorden en el que viven, imponen así el orden. Lo malo es que pueden producir una cierta asfixia. También, sin embargo, existe el otro peligro, dejarlo todo a la buena de Dios, confiar en que la vida crece por sí sola, sin necesidad de ninguna ayuda externa. Esta tentación puede acabar en que la vida se pierda, adquiera otros rumbos, se esfume. La espontaneidad vivida de forma absoluta no nos sirve. Las formas, los vínculos obligatorios son necesarios en su justa medida. La disciplina forma parte de la vida. Por ello, lo primero que tengo que preguntarme al contemplar mi vida, es:

¿Cuántas formas hay en mi vida que me quitan la libertad y espontaneidad? ¿Estoy demasiado sujeto a principios firmes e inamovibles, a costumbres inmodificables, que me convierten en una persona rígida? ¿O soy alguien que vive sin estar atado de forma excesiva a las normas, guiado por la fuerza que nace del propio corazón?

³ Conf. J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 131-146

⁴ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 135

• *Libertad, toda la que sea posible*

La libertad es lo primero que nos confía Dios. Decía el P. Kentenich: «*La libertad del hombre es siempre lo primero. Él concedió al ser humano la libertad. Dios obra a través de causas segundas libres*»⁵. Respeta por eso totalmente nuestro espacio de libertad, no nos quita un ápice de la misma. Espera nuestro «sí» libre con paciencia y no desea nuestra libertad esclavizada. «*¿A qué se arriesga Dios al hacerlo? ¡A que se den millones de abusos de la libertad! Dios llega a aceptar que muchos hombres hagan un uso erróneo de su libertad. ¡Qué fácil le hubiera resultado obligar al hombre! Pero no. Él nos deja la libertad. ¡Qué tremendo respeto tiene Dios por la libertad del hombre!*»⁶. Dios necesita actuar a través de causas segundas libres. Aunque se exponga a que el hombre le falle. Corre el riesgo de que nos hagamos esclavos y nos dejemos llevar por la vida, por la masa, por nuestros miedos, por nuestras caídas y errores. Existe incluso un tipo de hombre religioso pero que vive masificado, que se deja llevar por los demás, que no se decide de forma personal por Dios. Tal vez porque le falta un encuentro personal con Él que decida su vida. Es un hombre que se deja arrastrar por la masa creyente para actuar, pero no lo hace desde su propio convencimiento, desde lo más profundo de su ser.

El P. Kentenich habla siempre de formar personalidades libres en una comunidad libre. La libertad no se decide en el número de posibilidades de opción que tengo ante mí, sino en la capacidad para optar por aquello que me hace crecer como persona. Cuando nos comprometemos por lo que queremos crecemos en libertad. Es verdad que hoy se proclaman, bajo el nombre de libertad, los conceptos más variados y ambiguos. «*Hoy tenemos una libertad desenfrenada sin reconocimiento de autoridad alguna*»⁷. Ser libre, para muchos, equivale a no estar sujeto a ninguna norma y a desconocer un orden objetivo, una autoridad que esté por encima. Por eso reina hoy el relativismo, según el cual, cada uno decide de acuerdo a su parecer subjetivo o simplemente según sus «*ganas*». Libertad resulta así sinónimo de relativismo, ambigüedad o individualismo. Libertad se identifica con la posibilidad de hacer lo que queremos, cuando queremos y donde queramos. Pero ésa no es la verdadera libertad a la que Dios nos llama. Dios quiere seres libres y no esclavos de galera.

En los actos libres que manifiestan día a día la libertad individual, se pueden distinguir dos aspectos propios de esa libertad. Lo primario en la realización de la libertad es la capacidad de decidirse y lo secundario (aunque también esencial) es la capacidad de realizar lo decidido. Lo primero es la capacidad de volver a optar una y otra vez por lo decidido por motivación propia es a lo que todos aspiramos. Sin embargo, experimentamos muchas veces la limitación de la esclavitud. «*Una de las notas más características del hombre actual es su falta de capacidad personal de decisión*»⁸. Hacia un lado u otro sentimos presiones que nos quieren masificar. Por ello es fundamental que nos formemos como personas capaces de decidirse por sí mismas, sin dejarse llevar o influir por el resto. Por eso es fundamental que en la educación, en la propia y en la de nuestros hijos, le demos importancia a «*que el educando tenga la mayor cantidad posible de ocasiones para decidirse desde dentro por sí mismo*»⁹. Es la forma de evitar la masificación,

⁵ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 138

⁶ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 138

⁷ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 139

⁸ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 153

⁹ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 151

el dejarse llevar por la corriente y por lo que los demás hace, incluso aunque sea algo bueno. El P. Kentenich llegaba a afirmar: «*Si se da que no es posible al mismo tiempo disciplina y decisión libre, prefiero tolerar algo de indisciplina, pero dejar libertad para decidirse por sí mismo*»¹⁰. No queremos educar hombres colectivizados, hombres masa.

¿Qué hacemos para que los que nos sigan aprendan a decidirse por sí mismos?
¿Tenemos personalmente el coraje de decidirnos por nosotros mismos, sobre todo en situaciones difíciles?

A menudo la debilidad se encuentra en el segundo aspecto, en la fuerza que nos falta para llevar a cabo lo decidido. Decisiones que emergen de la profundidad del sujeto y que están orientadas a la donación de su persona en el amor, pero no logran llegar a ser realidad. Se trata de ocasiones en las que la persona quiere pero no puede hacer algo. Sustancial resulta entonces buscar caminos para ayudar a la realización de las decisiones. En esto, como en todo este tema, tiene un lugar central la educación de la voluntad. Pero lo importante es que nuestros actos surjan de una decisión interior libre. De nada sirve realizar actos por inercia, porque nos dejemos llevar, sin decisiones previas tomadas libremente. A veces un mismo acto puede significar cosas diferentes. Decía el P. Kentenich: «*No se puede juzgar sólo en virtud de los actos exteriores. Cuando dos personas hacen lo mismo, falta mucho aún para que sea la misma cosa. Es preciso observar la actitud interior a partir de la cual brota algo*»¹¹. El origen del acto, la decisión que tomamos en libertad, es fundamental para valorar la realidad exterior del acto. No se trata de repetir actos perfectos, modélicos, que a veces parece ser lo que nos gusta ver, sino de que nuestros actos estén cargados de valor y de vida. Que no nos limitemos a hacer lo que otros hacen, aunque sean actos virtuosos. Se trata de llegar a optar desde lo más profundo de nuestro ser por seguir un camino determinado. Y no basta con tomar decisiones correctas, lo que nos falla, como antes decíamos, es realizar lo que nos proponemos. Tenemos buenas intenciones, pero nos quedamos a veces ahí.

Nuestro objetivo en la vida, y todos estamos convencidos de ello, es llegar a ser plenamente libres. Sin embargo, muchas veces nos quita la libertad interior el pensar que nacemos con ciertos derechos en esta vida. Creemos que tenemos derecho al placer, al poder, al poseer. De esta forma nuestro corazón está inquieto cuando ve que esa triple esclavitud que nos atenaza se ve amenazada. En ese momento hacemos todo lo posible para no perder lo que poseemos, para no dejar de gozar lo que disfrutamos, para no perder el poder que tenemos. Nos aterra la idea de ser unos desposeídos, de no tener nada de lo que hoy creemos que nos llena la vida y el corazón. Nos asusta la posibilidad de ser plenamente libres. La cercanía de la muerte nos hace tomar conciencia con fuerza de lo frágil que es la vida. En esos momentos, cuando nos conmueve la muerte de personas cercanas, o nos confrontamos con la enfermedad, nos damos cuenta de algo importante, hay que vivir el presente a tope y no esperar a que el mañana sea mejor. Asumimos que la vida es corta y que de nada sirve vivir atados a cosas que no le dan sentido a nuestra vida. Ante esta reflexión es bueno preguntarse:

¿Vivimos como hombres libres? ¿Somos capaces de decidirnos desde dentro con libertad y llevar a cabo lo decidido? ¿Cuáles son aquellas esclavitudes que nos atan e impiden darnos libremente a los demás?

¹⁰ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 151

¹¹ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 151

- **Máximo cultivo del espíritu**

Se refiere a la capacidad para cultivar los ideales que mueven mi vida. Un corazón agradecido es un corazón sencillo, pobre, necesitado, que busca los pasos de Dios en la propia vida. Hemos de saber nadar en las misericordias de Dios. Tratar con él como un niño con su padre. Nuestra oración ha de convertirse en la necesidad de diálogo de un amor que se dona. No merece la pena vivir midiendo nuestra entrega, no podemos escatimar en nuestra generosidad. Hemos de vaciarnos para que Dios entre, para que se haga vida en nosotros. Sólo así merece la pena vivir, sólo así tenemos un sentido para la vida. En ocasiones podemos llegar a pensar que la autoeducación religiosa consiste en que el hombre no peque más. Y como eso es totalmente imposible brota en nuestro interior la insatisfacción y la frustración. Vemos en nuestra vida lo que quisiéramos llegar a ser y por otro lado experimentamos con frecuencia la limitación y el pecado. En esa situación la meta que nos vendieron desde pequeños: «*Tienes que ser bueno*», se viene abajo. Nuestro esfuerzo parece que no tiene sentido. Es por eso que en ocasiones recurrimos a las normas y formas para evitar el sentimiento de fracaso. Lamentablemente ésta es la forma como mucha gente ve hoy en día la religión. Se trata de cumplir, de atenerse a lo mandado, de no romper los moldes ni las normas preestablecidas, de sumar méritos. La religión se convierte en un corsé que tenemos que ponernos para sentirnos seguros. La fe nos parece demasiado arriesgada, el cumplimiento, por el contrario, es algo sencillo. Por eso somos tan poco atractivos para los hombres. ¿Qué nos hace atractivos como cristianos? ¿El cumplimiento cansino y rutinario de ciertas normas importantes? No. No es ése nuestro atractivo. Cuando somos cristianos apasionados por la vida, cuando soñamos con lo más alto y dejamos que el corazón se llene de Dios en la entrega, entonces sí atraemos hacia Dios.

Sólo así merece la pena vivir en el amor de Cristo. Un amor que no son prohibiciones y permisos, un amor que no mide y no se atiene a lo prudente. Creo que a veces nos conformamos con ser respetados, valorados, admirados. Nuestra Iglesia se va envejeciendo. Los jóvenes ya ni siquiera son radicales. Y lo sabemos, si los jóvenes no desestabilizan la iglesia, no desconciertan a la jerarquía, no piden lo imposible, os aseguro que los mayores tampoco lo vamos a hacer. Tenemos que tener corazones jóvenes que desestabilicen el orden establecido. A mí también me cuestan los cambios, los imprevistos, y, sin embargo, ¡qué bien me vienen! Si no aceptamos que nos saquen de nuestra comodidad, de nuestras rutinas y formas, corremos el riesgo de aburguesarnos, de conformarnos y de ser mediocres y tibios.

Aspirar a los ideales más altos y soñar con alcanzar las cimas más altas, es el ideal que nos mueve. Creo que a veces pensamos que nos basta con ser buenos, religiosos y respetuosos. Nos da miedo aspirar a más. Somos demasiado prudentes y nos da miedo el riesgo. Hemos vivido siempre en el corral y las cumbres nos asustan. Los ideales que implican cambiar el mundo nos atemorizan. ¿Nosotros vamos a cambiar el mundo? Nos parece imposible. La realidad nos parece demasiado rígida y monolítica. ¿Cómo la cambiamos? Cuando desaparece el deseo de construir un mundo mejor no avanzamos. Lo que Dios nos pide y necesita es que seamos santos, instrumentos dóciles en sus manos, hombres capaces de darlo todo, de dejarse la piel en la lucha. Dios nos necesita para establecer aquí en la tierra su Reino. Y nosotros nos conformamos muchas veces

con el mínimo y por eso tenemos que vivir con normas para poder sobrevivir. Por el contrario, cuando uno vive cegado por la luz de Cristo, no ve ya las estrellas ni la noche y es capaz de luchar hasta el extremo. Entonces ser cristiano no consiste en no pecar, sino en aspirar a que mi vida refleje a Dios en todo lo que haga. S. Ignacio vivió atormentado por sus pecados hasta que experimentó la misericordia de Dios, tocó su perdón y vio que lo quería débil para poder manifestar en él su gloria y su fuerza. Sólo entonces, después de Manresa, lugar de su conversión, se lanza a la conquista de las metas más altas, confiado en Dios. Se libera de sus miedos. En ocasiones pienso que como Iglesia trasmítimos esta imagen limitada de vida cristiana y entonces todo se reduce a un ser cristiano individualista que se conforma con el mínimo. Un mínimo cumplimiento para asegurar la salvación. En un tiempo de tolerancia lo que es políticamente correcto es permitido. Por eso no conviene hacer nada que no sea prudente. ¿Hacemos locuras por Dios y por la Mater? ¿Vivimos como de verdad soñamos un día con vivir? ¿O hemos olvidado los ideales? Si no soñamos con cosas grandes, con lo que hoy parece imposible, no hemos descubierto todavía la grandeza de ser cristianos. Por todo ello os invito a que pensemos un momento:

¿Cuáles son los ideales que guían mi vida? ¿Qué enciende mi corazón cada mañana? ¿Qué me alegra cuando pienso en mi vida de cristiano? ¿Qué hago para que mis sueños y metas estén siempre encendidos y vivos delante de mis ojos?

II. El hombre es un ser libre desde que nace

Dios crea al hombre para que, con conciencia de sí mismo, sea capaz de ser sujeto de su historia. Cuando el hombre se comprende como persona, adquiere el grado de posesión de sí mismo necesario para vivir. Entonces descubre en su interior la capacidad suficiente para disponer de lo propio con libertad y para poder determinar su camino. Éste es el lugar de su libertad, donde se juegan sus decisiones libres. El hombre está llamado a desarrollarse como protagonista de su propio destino. La libertad de la persona humana consiste entonces en primer lugar en esta capacidad del hombre de asumir su propia vida tal y como es. Es cierto que nos determina nuestra realidad, el lugar donde nacemos, la familia en la que crecemos. Pero nuestra libertad sigue siendo un precioso don que podemos utilizar equivocadamente.

El fortalecimiento de la interioridad de la persona y de su capacidad de constituirse en portador de su existencia es la primera tarea. En el transcurso de nuestra vida la existencia de una interioridad vigorosa no está garantizada, el miedo (o la renuncia) a la libertad y la presión del medio ambiente son amenazas permanentes, he aquí el primer desafío para el que el silencio y la oración son armas indispensables.

Un adecuado conocimiento de la propia persona, de sus talentos y límites, del proyecto que ella encierra y la misión que ha recibido, es el fundamento para la valoración de sí mismo, para la aceptación y el desarrollo de la propia forma de ser. Poseerse a sí mismo implica asumir la propia existencia. El sentido de la vida es, en último término, conocer los dones que Dios le ha dado a cada uno, desarrollarlos y aprender a compartirlos en el amor. La libertad es la capacidad para actuar lúcida y positivamente sobre nuestra vida y conducirla a la plenitud de amor que es mía, original e irrepetible.

La necesaria aceptación de nuestra realidad para poder ser libres

El otro día leía: «*Muy a menudo, lo que impide la acción de la gracia divina en nuestra vida no son tanto nuestros pecados o errores como esa falta de aceptación de nuestra debilidad, todos esos rechazos más o menos conscientes de lo que somos o de nuestra situación concreta*»¹². Una persona orgánica, plenamente viva, es aquella que conoce sus capacidades humanas y las utiliza hasta el extremo, poniéndolos al servicio de los demás. Son personas que se sienten a gusto consigo mismas y están abiertas a la plena experiencia y a todas las emociones humanas. Son personas vivas de mente, corazón y voluntad. Experimentan tanto el fracaso como el éxito, están abiertas al gozo y al dolor. Tienen muchas preguntas y algunas respuestas. Sueñan y esperan. Lo único que les es ajeno es la apatía y la pasividad. Lloran y ríen. Pronuncian un decidido sí a la vida y un enérgico amén al amor. Sienten en sus carnes las punzadas del crecimiento, pero están siempre dispuestas al cambio.

En el proceso de maduración para llegar a ser esas personas libres, orgánicas, capaces de amar y ser amadas, es necesario pasar por un proceso de autoaceptación.

Aceptarnos a nosotros mismos no significa, sin embargo, afirmar que no es posible el cambio. Darle el sí a nuestra realidad personal es un proceso de aceptación afectiva, que no significa quedarnos en frases como: «*Yo soy así, no intentes cambiarme*».

Conocernos y aceptarnos son los dos pilares sobre los que se ha de asentar nuestra sana autoestima. Aceptar nuestra realidad no quiere decir que nada de lo que hay en nosotros no pueda cambiarse. Aceptar la propia realidad, el verdadero yo, es el proceso necesario para crecer como personas. De lo contrario viviremos en una continua lucha civil interior. Cuanto más nos aceptamos y aprobamos a nosotros mismos, más nos liberaremos de la duda de si los demás nos aprueban y aceptan siempre y por todo lo que hacemos. Seremos libres para ser nosotros mismos con absoluta confianza. La sinceridad de nuestras relaciones depende de la capacidad que tengamos para ser auténticos, para ser nosotros mismos, sin miedo al rechazo.

A pesar de que somos reacios a decir quiénes somos, todos tenemos necesidad de ser comprendidos. Deseamos ardientemente ser amados. Cuando no somos comprendidos ni queridos por aquellos de quienes esperamos amor, cualquier comunicación profunda se convierte en algo inquietante e incómodo, algo que ni ensancha el corazón, ni nos anima. Si nadie nos acepta y quiere tal y como somos, nos sentiremos vacíos, solos. Ni nuestros talentos ni nuestros dones nos alegrarán en absoluto. Incluso rodeado de gente, nos sentiremos solos y aislados. Experimentaremos una reclusión en solitario. Es un axioma claro que quien es comprendido y amado crecerá como persona, en cambio, quien padece esa situación de extrañamiento, de soledad, acabará languideciendo en su reclusión. La mayoría de nosotros hemos experimentado y realizado cosas que jamás nos atreveríamos a contar, porque podríamos parecer ilusos, ridículos o engreídos. Mil temores nos mantienen recluidos en nuestra prisión interior por miedo a ser juzgados y rechazados. A algunos les da miedo ponerse a llorar, a otros les frena el temor de que la otra persona no perciba la importancia que tiene para uno ese secreto. Por lo general, percibimos el profundo dolor que experimentaríamos, si nuestro secreto fuera recibido con indiferencia, incomprendición, disgusto, enfado, irrisión. Tenemos miedo de que nuestro secreto dejé algún día de ser secreto. No somos libres frente a lo que piensa el mundo de nosotros.

¹² Jacques Philip, “la libertad interior”

Puede que en algún momento de nuestra vida hayamos expuesto a otra persona una parte muy personal de nuestro ser. Tal vez entonces no fuimos comprendidos ni aceptados. Eso pudo llevarnos a refugiarnos en nuestro interior. Sin embargo, puede haber ocurrido lo contrario, que al contarlo, hayamos percibido comprensión, aceptación, ánimo. Esa experiencia es liberadora. Habremos sido escuchados, tomados en serio y comprendidos. Uno sólo llega a conocerse a sí mismo en un profundo encuentro con otra persona. Una amistad auténtica, un intercambio profundo abre la mente, ensancha los horizontes, llena la vida de una nueva sensibilidad, ahonda los sentimientos y da sentido a nuestra vida. Pero en nuestro continuo crecimiento teneos que aprender a decir continuamente quiénes somos.

El principal camino para labrar nuestra felicidad comienza por amarnos a nosotros mismos tal y como somos y no como deberíamos ser. El gran problema de nuestra infelicidad comienza cuando no nos aceptamos como somos y buscamos esa aceptación en los demás. Vamos mendigando cariño y estamos felices o tristes sólo en la medida en que nuestros actos son aceptados o rechazados por quienes nos rodean. Desde pequeños oímos de nuestros familiares, padres y amigos, que sólo en la medida en que nuestros actos son buenos y aceptables, seremos aceptados y queridos. De forma explícita o implícita hemos ido registrando en nuestro interior una idea «*no razonable*»: «*Uno vale por las cosas que hace y no por lo que realmente es*». Tal vez fueron nuestros padres los primeros que pusieron la semilla de la insatisfacción al darnos su cariño sólo a cambio de buen comportamiento o de resultados positivos en el colegio. El amor se convirtió entonces en una mercancía que se daba o recibía siempre a cambio de algo, nunca de forma gratuita. De la misma forma nuestro valor frente a los demás venía condicionado por nuestros méritos y frutos.

De esta forma, cuando no nos aceptamos tal y como somos, es, normalmente, porque no hemos experimentado ese amor incondicional en nuestra infancia. Nuestras primeras experiencias frente a nuestro entorno no las percibimos como un amor gratuito e incondicional, que nos quería y aceptaba tal y como éramos. Muchas veces el problema no estuvo ni siquiera en los demás, sino en nuestra percepción subjetiva de la realidad. De esa forma también el amor de Dios entra en ese juego de los méritos. Dios nos quería sólo si nos portábamos bien, no cuando pecábamos. En esa situación de falta de aceptación propia, la única forma es entonces lograr que el entorno nos acepte. Para ello, si tenemos que dar otra imagen más agradable, más aceptable, tendremos que poner todo el empeño en construir un yo ideal que nos convenza, y, lo que es más importante, convenza a los que me rodean. La frase: «*Necesito el cariño y la aceptación de todos y siempre para ser feliz*», se convierte entonces en un lema de vida que condiciona todos nuestros actos. Y muchas veces, nuestra infelicidad depende de que no siempre y no de todos, recibamos esa aceptación. Es absurdo pensar de esta forma, aunque a menudo lo hacemos. Esa idea está muy metida en nuestro interior y condiciona nuestro actuar. Hacemos o dejamos de hacer ciertas cosas sólo para recibir aceptación. Vivimos la tensión de mantener ese yo ideal que a otros agrada y ocultamos el yo real.

El camino de la autoaceptación comienza por la experiencia de sentirnos, de experimentarnos amados y queridos por Dios en lo más profundo de nuestro corazón. Dios nos quiere como somos, no como deberíamos ser. Dios quiere nuestro crecimiento, pero es nuestra debilidad, pobreza, imperfección lo que le complementa, no nuestros méritos y buenas obras. El pecado no nos aleja entonces de Él, al contrario, nos acerca porque en su presencia recibimos un perdón misericordioso e incondicional. ¿Hemos experimentado ese amor de Dios? Ese amor sana todas las heridas. Y sólo

entonces la propia aceptación de nuestra debilidad se hace real. Sólo podremos aceptarnos si hemos experimentado ese amor incondicional de Dios, en nuestro espacio interior, en la oración, o a través de personas concretas que nos han amado así. Dios nos ha elegido. Debemos ser capaces de afirmar esta verdad, incluso aunque el mundo no nos haya elegido. Mientras sean el mundo, mis amigos, parientes, jefes, conocidos, quienes decidan si he sido elegido o no, estoy condenado a la infelicidad. La presión del mundo es muy fuerte y tiende a empujarnos a las tinieblas de la duda, del menoscabo o del rechazo y a la depresión. Somos inseguros, dudamos, tenemos miedo de ser rechazados, y somos fácilmente manipulables por quienes nos rodean.

La autoaceptación exige que nos queramos en nuestra debilidad y pobreza, que queramos nuestra fealdad, nuestra imperfección. Por eso no basta con conocernos, es fundamental esa autoaceptación que nos haga libres del cariño ajeno. Por supuesto que va a ser importante encontrar ese amor en nuestra vida, pero no vamos a ir mendigando el cariño de los demás, tratando de hacer méritos o dándonos sólo en la medida en que lo que mostremos vaya a ser aceptado por los demás. Para crecer en este aspecto será necesario iniciar un camino de autoaceptación.

- 1. En el pasado o ahora, ¿me he sentido desgraciado cuando no recibía la aprobación de los demás al expresar mis opiniones, al realizar una tarea?*
- 2. Cuando hacía algo, ¿me preocupaba más lo que pensaría los demás o más bien lo que yo pensaba al respecto?*
- 3. ¿Me he sentido amado de forma incondicional hiciera lo que hiciera? ¿Por mis padres, amigos, Dios? ¿He amado de forma incondicional a alguien?*
- 4. ¿Cómo vivo el rechazo, el desprecio, el fracaso, la burla de los demás, la incomprendición? ¿Me acepto tal y como soy, en mis debilidades y riquezas?*

Estas preguntas pueden ayudarnos a profundizar en nuestra experiencia personal. Son sólo el primer paso en un camino de autoaceptación en el cual podemos estar más o menos avanzados, pero que va a ser el punto de partida de nuestro crecimiento como persona. Entonces, ¿Cómo seguir creciendo en nuestra condición de elegidos, de amados incondicionalmente por Dios, cuando estamos rodeados de rechazos? Este camino exige una dura lucha espiritual. Ayudas para realizar este camino:

- a) Es necesario desenmascarar el mundo que nos rodea. El mundo nos dice muchas mentiras sobre quiénes somos. Hay que ser realistas y no perder de vista nunca esto; siempre que nos sintamos heridos, rechazados, menoscipados, infravalorados, tenemos que atrevernos a decir: «*Estos sentimientos, aunque sean fuertes, no me dicen la verdad sobre mí mismo. La verdad, aunque en estos momentos no la sienta, es que soy un hijo querido por Dios, precioso antes sus ojos, llamado el amado desde toda la eternidad*».
- b) Es necesario tener lugares, espacios, donde nuestra verdad es pronunciada, donde soy aceptado y querido por lo que soy. Donde me recuerdan continuamente que haga lo que haga no voy a dejar de recibir un amor incondicional. El amor limitado de las personas que nos quieren, puede orientarnos hacia nuestra verdad más plena: somos elegidos de Dios. Nuestro grupo, nuestros amigos, nuestros seres queridos nos revelan, con su amor y aceptación, el amor de Dios.
- c) Debemos celebrar nuestra condición de elegidos constantemente. Esto significa dar gracias a Dios continuamente por habernos elegido. La gratitud es el camino más rápido para profundizar en la convicción de esta elección divina. Tenemos

innumerables ocasiones para ser agradecidos, y muchas veces las desaprovechamos. Siempre podemos decidir en nuestra vida ser agradecidos o amargados, reconocer nuestra condición de elegidos o enfocar la mirada hacia nuestro lado sombrío.

III. La dimensión social o comunitaria de nuestra libertad y la importancia del amor para llegar a ser libres

Al crear al hombre como persona, Dios lo hace capaz de establecer relaciones personales en las cuales todo su ser entra en contacto con el ser de otros. La persona humana posee esencialmente esa capacidad de comunicarse. La relación con otros alcanza su plenitud en la gestación de un vínculo de amor. Dios ha hecho al hombre libre, es decir, capaz de asumir su propia vida y de disponer de sí mismo, para que pueda donarse. Sólo quien se posee, puede regalarse. Nos poseemos cuando nos queremos y aceptamos. La libertad es la condición necesaria del amor. Y sólo en el amor la libertad encuentra su sentido. La libertad es esencialmente comunitaria porque su sentido es el amor. «*No hay comunidad sin personalidad. Una comunidad llega a ser posible sólo donde se han desarrollado personalidades*»¹³. La libertad de las personas necesita la existencia de una comunidad que la permita, la fomente, la asegure y la oriente. Si ésta no existe, la libre determinación del individuo puede seguir existiendo en un cierto grado, pero se hace paulatinamente inoperante, impotente e infecunda. La atmósfera comunitaria, además, es clave en la educación de esa libertad hacia el amor y los vínculos. En ello juega un rol esencial el trabajo con ideales y con corrientes de vida, así como con todos los medios pedagógicos adecuados a ese fin. Cuando vivimos en una atmósfera libre y alegre, que respeta la originalidad y los tiempos de cada uno, sin imponer ni presionar, sin querer controlarlo todo, es más fácil que crezcan en ese ambiente personalidades libres. Cuando el ambiente en el que vivimos no promueve la libertad, sino que busca educar con moldes, espera la repetición de actos parecidos y desea más el cumplimiento externo de la norma, que su vivencia interior, las personalidades que educaremos no serán verdaderamente libres.

El amor es condición de la libertad. La libertad crece en cada hombre a través de la experiencia de ser amado. Dios nos ha creado libres para que la libertad se convierta en el camino del amor, es decir para que crezcamos como hombres libres hacia la plena y madura experiencia del amor. En Cristo nos ha regalado una participación nueva en la libre plenitud de su propio amor divino. Dios mismo viene a nosotros para hacernos libres como Él y capaces de amar con su Amor. Se encarna en nuestra carne mortal. Podemos reconocer claramente en la libertad humana una capacidad del hombre para asociarse con Dios. El ser humano posee la fuerza para reconocer el querer de Dios y constituirse en su aliado. Dios ha regalado al hombre la libertad como una invitación a participar en la conducción de la propia historia y la historia de la humanidad¹⁴. En realidad, el amor no es sólo el sentido de la libertad sino también la condición de su desarrollo. El amor que recibimos nos hace fuertes para aceptar nuestra existencia con alegría, para valorar nuestra originalidad y para atrevernos a desarrollar todas nuestras potencialidades generando vínculos de amor estables. La educación de la libertad es necesaria para evitar que la personalidad fuerte y libre se cierre en sí misma y no se abra a las relaciones personales, que se posea para retenerse en lugar de poseerse para donarse. La meta es el hombre libre capaz de amar y crear vínculos personales. El vínculo filial, es decir esa relación personal a un padre, madre o

¹³ J. Kentenich, “En libertad ser plenamente hombres”, 154

¹⁴ Extractado de una charla del P. Mario Romero (1998).

autoridad que transmite al hijo la experiencia de ser amado sin condiciones, es constituyente de la personalidad y fundamento de su capacidad de amar. Esto vale en primer lugar para la experiencia frente a toda autoridad humana y se satisface plenamente en el encuentro filial con Dios.